

*El affaire*  
AUSTEN

Madeline Bell

Libros de  
*seda*



*Para mis abuelas, Madeline y Tess*



# PRÓLOGO



**E**s una verdad universalmente reconocida que las mujeres, desde tiempos inmemoriales (bueno, desde 1995), están obsesionadas con Colin Firth. Mi madre no era una excepción.

De mi más tierna infancia recuerdo estar acurrucada junto a ella en el sofá, con un cubo enorme de palomitas en su regazo, viendo a Elizabeth Bennet poner a parir al señor Darcy después de lo ridícula y torpe que fue su primera propuesta de matrimonio. En una ocasión, mamá apuntó al televisor con el mando a distancia y pausó la adaptación de la BBC el tiempo justo para decirme:

—Pero ¿tú has visto qué patético? Y una cosa te voy a decir: la propuesta de matrimonio de tu padre fue incluso peor.

Mi padre ni estaba ni se le esperaba. Cuando mamá le anunció que estaba embarazada, él se limitó a proponer medio en broma que estaba dispuesto a salvaguardar su honor. Ella tuvo claro que, si tan poco entusiasmo le ponía a la idea de casarse, estaría mejor sin él. A veces, en los libros de Jane Austen, la protagonista rechaza una propuesta de matrimonio y con ello anima a su pretendiente a volver a intentarlo más adelante y a esforzarse mucho más para conseguir un sí. Pero, siendo del todo sincera, me parece que no es eso lo que quería mamá. Ella siempre ha sabido separar la ficción de la realidad.

Aunque eso no quiere decir que no le encantara la ficción.

*Sentido y sensibilidad, Orgullo y prejuicio, Mansfield Park, Emma, Persuasión y La abadía de Northanger.* Estos seis libros conforman

el grueso de la obra de Jane Austen y la han situado entre los grandes genios de la literatura inglesa de todos los tiempos. También eran las seis cosas que más le gustaban a mamá en el mundo, aparte de mí. Siempre tuve claro que yo era la número uno, como también tenía claro que Jane Austen me pisaba los talones.

Nací y crecí en el sur de California, pero a los siete años, era capaz de imitar el acento británico de una forma tan convincente que hasta parecía que me había criado en Surrey. Para mí era algo de lo más natural, la consecuencia lógica de vivir en un piso donde se reproducía en bucle una adaptación de Austen u otra. Llegamos al punto de que se convirtió en ruido de fondo. A menudo, ni siquiera había nadie viendo la televisión: yo podía estar cortando la lechuga para la cena en la cocina y oír a lo lejos el zumbido de las flechas que lanzaba Gwyneth Paltrow junto con el señor Knightley en la habitación contigua.

Ahora que lo pienso, no debería sorprender a nadie que me haya convertido en actriz. La televisión era algo sagrado en nuestra casa: siempre estaba encendida y nos proporcionaba un agradable ambiente de fondo en un hogar ya de por sí encantador. Aunque nuestro piso estaba siempre patas arriba, un caos de objetos y colores, la pantalla siempre estaba despejada para que pudiéramos verla. En realidad, era la única cosa que estaba en su sitio en nuestro apartamento de dos habitaciones, que, por lo demás, era un completo desastre. Había mantas de punto desperdigadas por las sillas y cualquier superficie plana estaba hasta arriba de tazas de té con manchas de pintalabios. Cuando era pequeña, más de dos veces al mes, mamá y yo pedíamos comida china para cenar porque traía los cubiertos incluidos y, por lo tanto, podíamos aplazar una noche más lo de lavar los platos. Me parece que la primera vez que vi el suelo de nuestro salón fue a los veintitrés años, el día que nos pusimos a recogerlo todo para la mudanza.

La primera temporada de *Chuck Brown* acababa de terminar y, por primera vez en mi vida, tenía dinero de verdad. No al nivel de las estrellas de Hollywood, pero sí era la protagonista de una serie que, para sorpresa de todos, había sido un éxito, y todo apuntaba a que me subirían el sueldo en las próximas temporadas. Me lo gasté

todo: dediqué hasta el último centavo del sueldo neto de los veintidós primeros episodios a comprarle a mamá un pequeño apartamento de dos habitaciones en Thousand Oaks, ciudad al norte de Los Ángeles. Estaba hecho a su medida. Paredes de estuco blanco y una puerta frontal de color rojo. Mi serie se rodaba principalmente en Vancouver, pero estaría yendo y viniendo a Los Ángeles; ya nos las arreglaríamos para hacer de esa casa nuestro hogar.

Yo imaginaba que mamá viviría en Thousand Oaks los siguientes cuarenta años, que, algún día, nos invitaría a mí y a mis hijos por Navidad y el Día de Acción de Gracias. Pero la diagnosticaron seis meses después de mudarnos.

Al cabo de un año, falleció.



# CAPÍTULO 1



Estoy en la tienda del servicio de *catering* del set de rodaje y visto un delicado abrigo de viaje de color azul y una capota a juego. Con los nervios a flor de piel, aprieto entre los dientes uno de los guantes de color pastel para que me sea más fácil deslizar el dedo por los comentarios de Twitter.

Sabía que, tarde o temprano, saltaría la noticia, pero todavía no estoy preparada para tanta humillación pública.

*@EW: Cambios importantes en el elenco de «Chuck Brown»: la dos veces ganadora de los Teen Choice Awards<sup>1</sup>, Tess Bright, SALE de la temporada 5.*

*@FamososTomandoUnTe: Anónimo de Vancouver: No han buscado una sustituta para T\*ss Br\*ght pq hubiera «problemas de horarios». la HAN PUESTO DE PATITAS EN LA CALLE pq la pifió en las temporadas 3 y 4. Si hasta los de producción la llamaban Tess la Desastress.*

Estoy a punto de vomitarlo todo encima de mi precioso traje de época. Sigo deslizando el dedo por los comentarios, entrando en pánico,

---

<sup>1</sup> N. de la Trad.: Premios otorgados cada año a estrellas de cine, televisión, música... con los votos emitidos por adolescentes en los Estados Unidos.

hasta golpearme de cabeza, como si fuera un muro digital, contra el comunicado oficial de mi anterior productora ejecutiva.

**@ChuckBrownOficial:** *Comunicado de la productora ejecutiva, Donna Cox, acerca del cambio de actriz, en la siguiente imagen.*

*Negamos todos los rumores que dan a entender que se ha buscado una sustituta para Tess Bright por falta de profesionalidad y confianza. Consulten el comunicado del equipo de Tess, en el que se confirma que abandona la serie por problemas de horario con el rodaje de su nueva película, «La abadía de Northanger». El reparto y el equipo de Chuck Brown le deseamos lo mejor a Tess. xoxo<sup>2</sup>, Donna.*

Empiezo a hiperventilar. Donna me salvó los muebles, aunque no tenía por qué. Pero esa negación pública no ha convencido a nadie y un montón de fans están convencidos de que solo es para quedar bien entre profesionales, lo cual, en parte, es cierto. A mi alrededor oigo al equipo de producción preparar ajetreado la siguiente escena, y yo me coloco mirando hacia el rincón de la tienda del servicio de *catering* para que nadie que pase por ahí lea todas esas noticias tan humillantes en mi cara.

**@RosingsParkour:** *El comunicado de la productora ejecutiva de CB solo ha servido para avivar los rumores, creo yo. Para qué negarlo a no ser que sea verdad?? Tess se va a cargar esta adaptación de «La abadía de Northanger».*

**@LaLocaDeLaTortilla:** *Tess Bright tiene una cara demasiado moderna para esta película. Lo siento, pero es la pura verdad.*

---

2 N. de la Ed.: Expresión coloquial, utilizada especialmente en redes sociales y en Estados Unidos, que significa «abrazos y besos».

@Mitad\_Agonia: No sé qué hacer. Obviamente, me apetece ver «*La abadía de Northanger*» por lo guapo que es Hugh Balfour, pero me da que Tess lo va a echar todo a perder.

Ya casi han pasado nueve meses desde que se anunció el reparto principal de *La abadía de Northanger* y tenía la esperanza de que, a estas alturas, a la gente ya se le hubiera pasado el cabreo, pero ya me puedo ir olvidando: la noticia del cambio de reparto ha echado más leña al fuego. A ver, que hasta yo, cuando fui a la audición, pensaba que había una probabilidad entre un millón de que me dieran el papel. ¿A quién se le ocurriría escoger a una chica conocida por aparecer en un drama para adolescentes de lo más extraño, inspirado en unos dibujos animados con tropecientos temporadas, para la superproducción de una obra clásica de la literatura? Aun así, con toda la inocencia del mundo, tenía la esperanza de que los espectadores se dignaran a ver mi actuación antes de juzgarme. Necesitaba gustar a la gente en este papel. Y mucho. Es lo único que me queda de mi carrera.

Y no voy a mentir: Entiendo por qué me he quedado en la calle hasta conseguir este papel en *La abadía de Northanger*. Llevaba mucho tiempo sin dar lo mejor de mí en *Chuck Brown* y no es algo de lo que me enorgullezca ni por asomo. Los meses siguientes al funeral de mi madre los pasé en estado catatónico. Con eso no quiero decir que me quedara en la cama sin mover un dedo. No dejé de caminar ni de hablar ni de presentarme en el set de rodaje, aunque muchas veces llegaba tarde, pero la luz de mis ojos se había apagado. Lo sabía porque había visto los *reels* de mi último trabajo. Los fans enfadados de *Chuck Brown* tenían razón: en la cuarta temporada estaba desgana. Tampoco había puesto mucho de mi parte en la mayoría de los episodios de la segunda y tercera temporada, cuando nos enteramos de lo enferma que estaba mi madre.

Mi agente me contó que estaban buscando reparto para una adaptación de *La abadía de Northanger* unos nueve meses después de perderla a ella. Fue la primera vez que sentí algo parecido a una emoción de verdad desde lo que me parecía una eternidad, en vez de esa...

apatía. Nunca he estado en coma —aunque sí uno de mis personajes para la televisión—, pero fue como despertar en una cama de hospital tras pasar años inconsciente. La noticia me obligó a centrarme. *La abadía de Northanger* es una obra de Austen infravalorada y con muy pocas adaptaciones. También era la segunda novela favorita de mi madre.

Y supongo que me las arreglé para convencer al director y al departamento de reparto de que se olvidaran de lo de *Chuck Brown*. Bueno, si hasta yo me había olvidado. Tenía que poner toda la carne en el asador y demostrar mi talento no solo a las personas presentes en la sala de audiciones, sino también a mí misma. Tenía que conseguir ese papel o morir en el intento. Porque si me daban la oportunidad de honrar a mi madre con una película de Austen, lo bordaría. Mi actuación sería toda una revelación. Sería una oración en su honor, una elegía, un epitafio escrito con el corazón.

Y yo sería la hija de mi madre.

—¡Tess! —Katie, del departamento de vestuario, se acerca apresurada y me aparta a manotazos de la comida—. ¡No me digas que te has puesto a comer con el traje puesto!

Agarro de cualquier manera el teléfono, con las prisas de quitarme el guante de la boca.

—¡Solo un poco de zanahoria y apio! —le prometo—. Como me prohibiste comer cualquier cosa que pringue...

Katie suelta una risa cargada de desesperación.

—¡Pues será porque no eres capaz de comer nada medianamente líquido sin mancharte de pies a cabeza! —Señala el guante que llevo suelto con uno de sus dedos rollizos—. Y no te creas que no te he visto con eso en la boca. ¡Que está hecho a mano, Tess!

Le dedico el gesto más avergonzado que soy capaz de poner.

—Lo siento, Katie. —Se me hace un nudo en el estómago cuando me pregunto si habrá visto las noticias que han salido a la luz sobre mí. Es posible que ahora mismo me esté juzgando para sus adentros, que esté pensando que soy un desastre completo y que mi falta de cuidado con el traje es otra prueba más de todos mis defectos como persona.

Katie me sonrío, ceñuda, y se me relajan los músculos.

—Por favor, recuerda que estamos intentando usar siempre la misma ropa en las escenas.

—Por ti, querida —le digo, metiendo las manos enguantadas en los bolsillos para protegerlos de cualquier peligro—, haría cualquier cosa.

Justo entonces, veo un borrón oscuro como el carbón pasar a toda velocidad junto a mí. Extiendo una mano y me pongo a perseguir a mi coestrella.

—¡Ay, Hugh! ¿Tienes un hueco libre para ensayar juntos las frases de la siguiente escena? Quiero que salga bien. —Hugh es conocido por ser un profesional consumado. Si consigo convencerlo de que esto también es cuestión de vida o muerte para mí, tal vez me gane su confianza. Y, con suerte, este riesgo monumental para mi carrera que estoy corriendo con *La abadía de Northanger* habrá valido la pena.

Hugh Balfour —el británico de pura cepa que interpreta al héroe romántico Henry Tilney— se detiene de repente, aunque de mala gana. Yo me he puesto colorada porque me cuesta seguirle el ritmo. Hugh tiene unas piernas larguísimas y yo, para más inri, llevo puesto un corsé de la Regencia inglesa, y por muy cómodo que fuera para las que estaban acostumbradas a llevarlo día sí, día también, yo no acabo de acostumbrarme. Soy de las que se desabrocha el sujetador nada más llegar a casa, así que lo de encariñarme con el corsé lo veo difícil.

—Señorita Bright —me dice Hugh con su voz tempestuosa—, ¿cuántas veces tengo que decirle que yo no ensayo con nadie?

—Venga, aunque sea solo una vez. —Le sonrío con picardía, con la esperanza de romper el hielo de una vez por todas con mi coestrella tirando de humor. Hugh se considera un actor consumado, pero, por ahora, más bien me parece un esnob de libro. Si es que... ¿de qué otra manera puedes llamar a alguien que se niega a socializar en el set de rodaje, que sigue a rajatabla la etiqueta y las formas de tratamiento de la Regencia y que no quiere ensayar las escenas con su pareja? Por si fuera poco, se niega a entrar en el estudio de maquillaje si hay una actriz dentro, ya que, según él, Henry Tilney

no se quedaría a solas con una mujer soltera para no desatar la ira de la sociedad respetable.

Me da igual que se haya formado en la Real Academia de Arte Dramático<sup>3</sup>: a mí me parece que le falta un tornillo.

Me niego a causar una mala impresión por un fanático aburrido de sangre azul. Toda la película depende de la química que tengamos. La gente ya me odia y lo adora a él. Las fans irán a ver esta película convencidas de que lo voy a hacer fatal, pero que quede bien claro: ¡no va a ser el caso! Aun así, si el amor que sienten nuestros personajes no es creíble, toda la película se irá al garete y la gente me echará a mí la culpa.

Yo no puedo ser como Dakota Johnson en la adaptación de Netflix de *Persuasión*. No puedo. No tengo la carrera que tiene ella. Esta es una oportunidad de oro, la última de todas. Si la echo a perder, estaré acabada. Tengo veintiséis años, y a Hollywood le encanta que las mujeres relativamente jóvenes pasen a la historia en cuanto meten la pata. Los veintisiete se ciernen sobre mí y me dicen con la voz de Charlotte Lucas: «¡Tengo miedo!». Y ni siquiera tengo padres para vivir del cuento. Sin *Chuck Brown* como último recurso, tendré que darme con un canto en los dientes si me contratan para hacer películas navideñas cutres antes de caer en el olvido.

Como si a Hugh Balfour, la nueva estrella de buena familia, le importara... Tiene veintiocho años, dos más que yo, pero es un hombre, de modo que tiene mucho más margen para consolidarse como actor. Tampoco es que le haga falta: ya tiene una filmografía mucho más impresionante que la mía. Interpretó un papel secundario pero importante en una película biográfica sobre Christopher Nolan y apareció en dos episodios de la nueva temporada de *The Crown*, y en el resto de su página de IMDB destacan títulos dramáticos estilo Scorsese que animan a los espectadores a reflexionar sobre temas profundos y sobre la intención del director. Lo único en lo que te hace pensar *Chuck Brown* es en qué se habrán fumado nuestros guionistas.

---

3 N. de la Trad.: Escuela de arte dramático de Londres, una de las más prestigiosas del mundo.

—No acostumbro a socializar para preparar mi papel —me recuerda Hugh. Contrae tanto la cara que parece que se acaba de chupar un limón... Como si al paradigma de siglos y siglos de compostura inglesa ni se le pudiera ocurrir algo tan poco glamuroso.

La verdad es que es una pena que Hugh se pase cada segundo del día de morros. Cuando no pone esa cara de pocos amigos es muy atractivo, lo cual, por otro lado, es normal, tratándose de una estrella de cine, pero la suya no es la típica belleza de los taquillazos de Hollywood. No lo verías alejándose de una explosión con un palillo en la boca en una de esas películas de acción que se estrenan en Navidad. No se oculta detrás de ninguna máscara, no se broncea la piel de forma artificial ni se deshidrata para que destaquen más los músculos. Tiene cierto aire byroniano: debería estar en un acantilado, con el viento apartándole los rizos oscuros de esa frente tan noble que tiene, sumido en profundas reflexiones sobre el destino de su amor perdido. No voy a negar que tiene unos pómulos marcados, aristocráticos, y unos centelleantes ojos oscuros que maravillan y aterrorizan a la vez.

Pero no puedes fijarte en nada de eso cuando esa lamentable personalidad suya te quita las ganas de vivir.

Tras negarse con contundencia a establecer una relación cordial conmigo, Hugh reanuda la marcha.

Lo sigo. Para cansina, yo.

—No te creas que te vas a librar de mí para siempre —le digo; noto que se me agudiza la voz media octava más, pero me da igual.

—No, para siempre no —masculla Hugh—. Solo hasta que acabemos de rodar.

—Venga ya —chillo—. Sé que ya tienes un método mágico para preparar los papeles, pero tendré que conocer aunque sea un poco a mi pareja de escena. ¿Por qué no ensayamos desde la mitad de esta?

Hugh enarca con sarcasmo una de esas cejas oscuras que tiene.

—Si no le importa... Parece que va a llover y tendremos que esperar varias horas. Preferiría pasarlas a resguardo en mi tráiler. —Justo acabamos de llegar ahí. Agarra el pomo de la puerta (me he dado

cuenta de que muchas veces se queda atascada) y la abre con fuerza de un tirón. Como si le tuviera tirria.

—O podrías pasarte esas horas en mi tráiler —propongo; si no hay más remedio, conseguiré gustarle a base de molestarlo—. ¡Es igual de grande!

—No, gracias. —Hugh suelta una carcajada irónica—. Ya me he enterado de las condiciones en las que tiene usted su tráiler.

Entra y me cierra la puerta en las narices.

Será cabrón...

## CAPÍTULO 2



**R**egreso a mi tráiler, un lugar seguro donde hace más calor, para esperar a que pase la tormenta. Durante unos diez minutos me distraigo con la aplicación de citas Bumble. Descarto sin pensarlo a cualquiera que tenga pinta de trabajar en el equipo de producción y observo las caras de los habitantes de la zona, tratando de decidir si un lío de una noche rebajaría el estrés o lo empeoraría. Al final, opto por no hacer un *match* con nadie. El amor no es lo mío. No lo ha sido nunca.

Al igual que Marianne Dashwood, siempre he estado más del lado de la sensibilidad que del sentido. Me entrego en cuerpo y alma en todas las relaciones y, a veces, la gente se asusta con tanta intensidad. Ryan, el último chico con el que tuve una relación seria, me dejó tirada justo cuando mi madre acababa de empezar la quimioterapia. Llevábamos dos meses saliendo cuando le dije que estaba enamorada de él. Supongo que le pareció muy precipitado, porque la siguiente vez que lo vi fue en una página de cotilleos, acompañado de una supermodelo en el estreno de su película. Llevo una dieta estricta en el plano romántico desde entonces: nada de ataduras, solo me veo con hombres para liberar un poco de estrés. Y, aun así, sigo saliendo herida.

Lo más probable es que no ayude en nada que me gusten las caras bonitas —en Hollywood las hay para dar y tomar— y que no se me dé muy bien ver a las personas por lo que son de verdad. Siempre

acabo con los que te ponen los cuernos, los que te dejan plantada y los que tienen fobia al compromiso. Una razón más por la que mi vida es un desastre.

Lanzo el teléfono al sofá, presa de la frustración, y me doy cuenta de que, si me encandilara de un chico cualquiera en estos momentos, no podría centrarme en la única persona con la que necesito por todos los medios tener algo de química: Hugh Balfour.

Hugh no aparece en ninguna de las aplicaciones de citas que he descargado. Seguro que tiene una novia perfecta de familia rica en su casa en Londres. Y seguro que él le es fiel, a diferencia de todos los imbéciles con los que he salido. Hugh será narcisista, pero me parece que es más respetable que el 66,6 % de mis exnovios.

Suspiro y apoyo la cabeza contra la ventana de plástico de mi tráiler para tratar de despejar la mente.

Para rodar la mayor parte de las escenas hemos venido a la querida Inglaterra, tan bonita como lluviosa; para ser más exactos, a Hampshire, el mismo condado en el que vivió y murió Jane Austen. Era de esperar que Hugh se soltase un poquito en su tierra, pero nanay. Sigue con el palo bien metido por el trasero, y, por cierto, vaya trasero.

Lo de pasar una temporada en Hampshire tiene sus cosas buenas. Me han dicho que iremos a visitar la catedral de Winchester, donde está enterrada Jane, para la escena de la boda. Y para los planos de la abadía de Northanger, que da título a la obra, fuimos a un hotel enorme en la zona que, no te lo pierdas, antes era la casa de una familia de ricachones esnobs. Era increíble. De piedra gris, con torreones y ventanas de varios pisos que debían de ser todo un lujo en su época. Nunca pensé que pudiera haber lugares de unas proporciones tan intimidantes, a no ser que estemos hablando del Vaticano o de algo así. La directora del hotel, a modo de cortesía, nos hizo un *tour* al reparto principal y nos comentó que el establecimiento tenía más de sesenta dormitorios, con un terreno que ocupaba unas cuatrocientas hectáreas de extensión.

Hugh no le prestaba la menor atención a la directora mientras paseábamos por el recinto. Tenía la mirada perdida. La única vez que

dio muestras de vida fue cuando soltó una risita burlona cuando le pregunté a la directora si aquel era el lugar en el que habían rodado *Downton Abbey*.

Qué quieres que te diga... Esas casas lujosas de tropecientos años de antigüedad me parecen todas iguales.

Imagino que Hugh, que se ha criado en este país y cuya riqueza —asumo— se retrotrae a varias generaciones, piensa que soy una ignorante y le hace gracia. Y supongo que lo soy. Crecí en un lugar mucho más humilde que él. Sus padres son dos actores británicos afamados; mi madre, dentista. El suyo es un caso de enchufismo, la verdad sea dicha. ¿De verdad que tiene mucho más talento que yo, hija de una madre soltera de la clase trabajadora, si los dos hemos acabado en el mismo sitio, actuando en la misma película?

Permanezco sentada en mi tráiler, con el mentón apoyado en las manos, y por la ventana miro apenada la lluvia caer sobre la campiña verde de Inglaterra. Casi entro en trance con el goteo metálico de la lluvia sobre el techo. Una no puede evitar sumirse en sus pensamientos más melancólicos en circunstancias como estas. En algo Hugh tiene razón: mi tráiler no está en muy buenas condiciones que digamos. Al igual que en el del estudio de rodaje de *Chuck Brown*, en este voy acumulando poco a poco restos de todo tipo. Tampoco es que haya pasado mucho tiempo aquí dentro, pero ya está tan desordenado que hasta me recuerda a mi casa. Me cuesta admitirlo, pero a veces no limpio las manchas de pintalabios de los vasos porque, en cierto sentido, me recuerda a mi vida pasada, cuando mi madre estaba conmigo.

Al cabo de una hora más o menos de lluvia torrencial, empieza a escampar y la lluvia se convierte en un fino sirimiri. Justo entonces, mientras miro aburrida por la ventana, me doy cuenta de que, si entorno los ojos, veo lo que hay detrás de la ventana de enfrente, dentro del tráiler de Hugh.

Y ¿qué es lo que veo? Hablando fino, como los ingleses, se abren ante mí unas vistas de lo más... insípidas. Hugh está sentado como una estatua, como un soldadito de plomo que ha terminado la guardia,

en el sofá de su tráiler. Supongo que está intentando no arrugar la ropa, tan estirado e inmóvil. Me siento algo culpable: yo me repantingo en el tráiler con el traje puesto, sin importarme que se pueda arrugar o manchar con restos de comida. Pero dejo la culpa a un lado: no todos estamos llamados a ser rígidos autómatas como Hugh Balfour.

Me vuelvo a concentrar en el rinconcito del espacio privado de Hugh que queda a la vista desde este ángulo. Veo que está estudiando el guion, colocado sobre el regazo, y que las rodillas le sobresalen por encima de la mesita como si fueran las patas de una mantis religiosa. Todos los objetos que descansan en esa mesa están ordenados meticulosamente: una taza de té —sobre un posavasos—, un libro viejísimo, grueso como una Biblia, y su teléfono, boca arriba, como si estuviera esperando una llamada.

¿Quién estará esperando que lo llame? ¿Su agente, para que le pase el guion de su siguiente papelón, algo serio y de calado intelectual? ¿Esa novia pija, de una belleza surrealista, que seguro que tiene? ¿O —noto una punzada de envidia— su madre, una actriz con un talento descomunal, que lleva décadas en lo alto de esta industria y cuyo último papel destacado fue el de una matriarca enigmática en la precuela de *Juego de tronos*?

No puedo más. Me levanto de la silla y me acerco dando tumbos hasta la puerta de mi tráiler. Por enésima vez me gustaría llamar a mamá. Desahogarme por lo irracional que es mi coestrella, por las críticas de Twitter y mis meteduras de pata profesionales, por lo duro que es el día a día sin ella. Ahora ya no tengo a nadie a quien llamar. No es que no tenga amigos: con mis compañeros de reparto de *Chuck Brown* tenía una relación muy cordial, pero ni se me pasaría por la cabeza llamarlos ahora. Salía con algunas actrices en Los Ángeles. Pero siempre se interponía entre nosotras un silencioso obstáculo que frustraba todo amago de intimidad: sabíamos que siempre tendríamos que competir entre nosotras por los mismos papeles. Además... el papel de mi mejor amiga se adjudicó el día que nací: mi madre. No hacía falta que me volviera inseparable de esas mujeres. No hacía falta que forjáramos rutinas, que se nos ocurrieran bromas que solo

entendiéramos nosotras y que nos contáramos nuestros secretos más íntimos sin juzgarnos. No hacía falta porque tenía a mamá.

Vuelvo a la realidad, dejando a un lado mis miserias, cuando oigo a un estresado asistente de producción llamar a la puerta de Hugh y decirle que se pase por el departamento de maquillaje para volver a peinarle el cabello mojado antes de retomar el rodaje.

Contengo la respiración: se me acaba de ocurrir la mejor idea del mundo.

Hugh se niega a estar en el tráiler de maquillaje conmigo porque quiere meterse en la piel del personaje. En mi opinión, todo esto está degenerando en una patología pura y dura. ¿Qué daño le va a hacer a él —o a su preciada interpretación— que nos sentemos en el mismo tráiler? Y mi personaje, Catherine Morland, es una cotilla sin remedio. La típica chica que merodea por una mansión gótica que no es suya fisgando en los armarios y tratando de desvelar secretos de familia. ¿Me va a culpar Hugh si saco a relucir el espíritu de Catherine? El que quiere meterse en el personaje es él.

Salgo apresurada de mi tráiler y rodeo el de Hugh por detrás para que no me vea entrar a toda velocidad en el de maquillaje antes que él. Una vez dentro, me meto en el armario con sigilo. Por suerte, Lea, la peluquera encargada de que los rizos de Hugh luzcan perfectos en la gran pantalla, está de espaldas a mí. Tiene los cascos de la marca Beats puestos; me consta que se pasa la mayor parte del tiempo libre escuchando pódcast de asesinatos. Me acomodo entre un abrigo de lana grueso y otro mojado por la lluvia, con la puerta del armario abierta unos centímetros. Y me pongo a esperar a Hugh.

Llega puntual. No espero menos de un hombre que tiene una mente tan cerrada como el horario de un tren. Se sienta en la silla de espalda a la puerta del armario —¡hurra!— y Lea saca un peine de dientes largos para que sus rizos oscuros vuelvan a estar perfectos. Cuando se baja los cascos hasta el cuello, oigo muy baja la voz metálica de la narradora del pódcast: «Después de desaparecer el 29 de abril, el único rastro que se encontró de Casey Wilkerson fueron sus bragas...».

Entonces, Lea mira por una ventana que no puedo ver desde este ángulo y comenta:

—Parece que está despejando. Al final, tal vez Dominic consiga terminar esta escena hoy.

—Qué ganas de acabar ya con esto —protesta Hugh.

—Serás gruñón... —dice Lea a la ligera.

Pero Hugh ni la ha oído. Empieza a sonar su teléfono, que sigue agarrando con fuerza en la mano, y la mira para preguntarle:

—¿Le importa?

—¡Claro que no! —Lea se vuelve a poner los cascos para darle algo de intimidación, pero sigue peinándole los rizos mientras él contesta al teléfono.

—Florence —dice al llevarse el móvil a la oreja—. ¿Qué tal todo?

Permanece en silencio un buen rato, atento a cada palabra que pronuncia su interlocutora. Se me revuelve el estómago. Conque Florence... Esa debe de ser su novia.

—Claro —masculla Hugh, asintiendo mientras escucha a la mujer que lo ha llamado—. Claro. Bueno, era de esperar, supongo. —Me fijo en que tensa los músculos de los hombros—. No, ya verás como te arreglas, pero ojalá estuviera en casa para echarle una mano. Para poner algo de mi parte. —Hace una larga pausa mientras Florence le habla y luego añade—: Ya sabes que no uso las redes sociales. No se me ocurre nada más insulso.

Yo pongo los ojos en blanco. Será pretencioso...

—¿Qué? Sí, envíame el enlace.

Otro silencio. Le vibra el teléfono y empieza a deslizar el dedo por la página que le han enviado. Hundida en la miseria, empiezo a sospechar de qué se trata.

—Por todos los santos, Floss. —Hugh suspira—. A ver, es evidente que no hay quién la aguante por lo optimista y pesada que es, pero que la hayan despedido son palabras mayores. Esta película empieza a parecerme una maldición.

Se me hiela la sangre en las venas y me pongo colorada de pura rabia. ¿Oye rumores y ya piensa lo peor de mí? Y, por si fuera poco, ¿le

parezco una pesada? ¿El hombre que se niega a comportarse como un maldito ciudadano del siglo XXI e insiste en darse aires de caballero de la Regencia piensa que aquí la pesada soy yo? No me faltan ganas de salir de golpe de mi escondite en el armario y darle una buena bofetada cuando me doy cuenta de que con eso solo confirmaría en parte sus palabras..., de modo que permanezco escondida.

Hugh suelta una risa sombría.

—No, no pienso preguntárselo, Floss. Si quieres enterarte de los detalles escabrosos, tendrás que seguir atenta a esos blogs de cotilleos que tanto te gustan. No, no soy un esnob. Y una cosa te voy a decir: ya tenemos bastante tal y como están las cosas como para que ella lo complique todo más. Si te relacionas con una persona como Tess Bright, estás acabado.

Estoy a punto de llorar, pero reprimo las lágrimas, cabreada conmigo misma. Si es que me estoy volviendo loca. Esta película debería ser el mayor hito de mi carrera, pero aquí estoy, agazapada en la oscuridad, oyendo a alguien que me odia contar con pelos y señales por qué le parezco tan repugnante. Y lo peor de todo es que quizá tenga razón. Tengo que calmarme.

Otro silencio largo de Hugh, seguido de una despedida.

—Sí. Sí. Desde luego. Te llamaré esta noche, cuando terminemos de rodar. Diles que los quiero. Sí, hablamos después. Ya lo arreglaremos. Volveré a casa en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando cuelga, Lea suelta el peine y le hace un gesto para indicarle que ya se puede marchar.

—¡Ya estás listo!

Hugh se pone en pie, se vuelve a poner el sombrero y se despide de ella.

Espero, respirando hondo como si estuviera en mitad de una clase de meditación, a que pasen sesenta segundos desde que se marchó Hugh antes de salir del armario. Lea suelta un chillido y empuña el peine, asustada. Yo finjo una sonrisa alegre. No estoy segura de si ha oído las cosas terribles que ha dicho Hugh sobre mí al teléfono.

—Lea —le digo—, con la de historias de crímenes que oyes, deberías saber que hay que echar un vistazo al armario de vez en cuando. Tómatelo como una lección.

Desconcertada, se echa a reír y me pide que me siente en la silla para volver a peinarme. Durante los siguientes minutos, me aseguro de ocultar cualquier rastro de la rabia que siento por Hugh —y, en especial, por mí misma—. Luego me centro en el trabajo. El trabajo es lo que importa, no lo que diga un imbécil británico que se pasa la vida criticándolo todo. Intento despejar la mente de cualquier cosa que no sea la escena crucial que nuestro director, Dominic Lawrence, dos veces nominado al Óscar, quiere rodar esta tarde si el tiempo lo permite.

Creo que la escena que estamos a punto de rodar es una de las más importantes de toda la película. La protagonista, Catherine Morland, es una ávida lectora de novelas y a menudo se deja llevar por la imaginación. Hasta aquí, en el guion, Catherine ha aparecido en secuencias fantásticas muy largas, que, según lo que me ha asegurado Dominic, saldrán en la película con colores vívidos, muy saturados, y una arrebatadora música romántica. Pero, en esta escena, por primera vez, alguien de carne y hueso se cuela en la imaginación de Catherine: Henry Tilney se burla, mientras viajan a las tierras de su padre, de las desventuras góticas que la aguardan en ese lugar.

El verdadero atractivo de Henry sale aquí a la luz, con mucha más nitidez que en cualquier otro momento. Es burlón, sí, pero jamás le falta al respeto, y también le gusta flirtear con cariño. Encaja con Catherine. La química entre Hugh y yo tiene que provocar chispas en esta escena. De eso depende la credibilidad de nuestra historia de amor.

No tarda en llegar un asistente para llevarme de prisa al lugar del rodaje. Tengo pensado darlo todo para que esta escena quede increíblemente bien, con o sin la ayuda de Hugh.

Llego al campo donde han colocado la cámara sobre una plataforma con ruedas, ya preparada para filmar las bromas entre Hugh y yo; él ha entrenado mucho para conducir un carruaje abierto. Lo que no

puedo criticar es lo mucho que se entrega. A muy pocos actores se les da tan bien trabajar con animales.

Lo único que he tenido que hacer yo para este papel, por contrato, fue prometer que no me cortarían mi característico pelo negro antes del rodaje. Al parecer, Dominic quería que Catherine tuviera una melena ondulada, del color del ébano, para todas las secuencias fantásticas en las que aparece en camión, aunque el personaje lo lleva siempre recogido y rizado al más puro estilo de la Regencia inglesa en las escenas ambientadas en «la realidad».

Uno de los miembros del equipo me ayuda a subirme a la calesa de dos asientos junto a Hugh e inspiro hondo para centrarme y meterme en la mente de Catherine, quien no siente el mismo desprecio que yo por este hombre. No es un cambio de actitud muy natural en estos momentos.

—¿Preparados? —nos pregunta Dominic—. Vamos a esforzarnos al máximo en cada toma. No creo que el tiempo vaya a aguantar despejado mucho más.

Hugh se limita a asentir y yo levanto el pulgar.

—Y... ¡acción!

A mi lado, Hugh esboza una sonrisa burlona que nada tiene que ver con ninguna de las caras que le he visto poner detrás de las cámaras. Entablamos conversación con soltura, a medio camino entre una familiaridad sencilla y el decoro decimonónico, pero en mi fuero interno sé que nos estamos inclinando demasiado por este último. La electricidad no es lo suficientemente palpable, no demuestra el enamoramiento de nuestros personajes. La ansiedad que empieza a acosarme se filtra en cada frase que pronuncio, envenenando toda la escena.

Hugh parece notar lo incómoda que estoy, pero, aun así, sigue adelante con el guion. Me mira de soslayo mientras comenta:

—Se ha formado usted una idea muy positiva de la abadía.

Me yergo en el asiento y fijo la mirada en su pañuelo del cuello, que está un poco torcido. Me viene la inspiración. Dedicándole una sonrisa radiante a mi coestrella, digo:

—Desde luego que sí. ¿Acaso no es un lugar maravilloso, como sacado de un libro? —Entonces improviso, dejándome llevar por la inspiración. Me inclino hacia Hugh y le coloco bien el pañuelo del cuello. No será lo que haría una dama respetable de la Regencia, pero a veces pequeñas licencias como esta mejoran mucho las adaptaciones de Austen. Mira todo lo que ganó Matthew Macfadyen con la escena legendaria en la que flexiona la mano en la versión de *Orgullo y prejuicio* de 2005.

Ojalá mi coestrella estuviera por la labor y me siguiera el juego aunque fuera por una vez.

Pero Hugh no me sigue el juego.

Se tensa y frena los caballos con un movimiento de las riendas. Estos se detienen mientras él me fulmina con la mirada.

—¡Corten! ¿A qué demonios ha venido eso, Hugh? No te puedes poner a mirar a tu Catherine de esa manera en una situación como esta —se queja Dominic.

Hugh suspira, claramente molesto.

—Ella no puede hacer algo así. Ninguna mujer soltera de esta época haría algo así. —Me mira con los ojos entrecerrados—. ¿Qué forma es esta de interpretar a Catherine?

Yo resoplo con indignación, incrédula.

—Pues no como la zorra del pueblo, que es lo que estás insinuando tú.

A Hugh se le escapa una carcajada hosca.

—En fin, a veces creo que... —se detiene—. Da igual.

—No —digo yo, retándolo—. ¿Por qué te cortas? Está claro que quieres decir algo. Venga, ilumínanos.

No va a decir algo sobre mí que no haya oído ya.

Hugh se vuelve hacia mí con la mandíbula tensa y una vena hinchada en la sien.

—Muy bien, pues lo digo. Tengo la impresión de que usted no se ha preparado lo más mínimo para trabajar en esta película. No respeta mi método de preparación, lo cual no es una sorpresa, porque salta a la vista que usted no tiene uno propio.

Cierro los puños con tanta fuerza que me da miedo que las costuras de mis guantes estallen y se eche a perder todo el trabajo de Katie.

—Pero ¿tú de qué vas? —Me pongo de pie en la calesa fulminándolo con la mirada—. ¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera si soy yo la que está intentando salvar la historia de amor de nuestros personajes? Si los espectadores no son capaces de creer que Henry y Catherine están enamorados, toda la película será un fracaso. Y no es culpa mía que no tengamos química.

Miro a los miembros del equipo, que contemplan boquiabiertos la trifulca que estamos montando. Seguro que ya han leído todos la noticia. Seguro que todos piensan que aquí la trastornada soy yo. Así que de perdidos al río: me echo a reír como una loca y sigo despotropicando, señalando a Hugh con el dedo.

—Yo he sido muy amable contigo desde el principio, pero tú no paras de ningunearme. Y he oído lo que vas diciendo por ahí de mí, por cierto. Eres un cabronazo de primera. Y un borde. —Hugh abre mucho los ojos, pero yo sigo a lo mío—. Y, mira, ya sé que no quieres trabajar con alguien con tan poco prestigio como yo, pero que te quede claro: soy capaz de tener química hasta con una pared de ladrillos. He ganado dos veces el Premio a la Química de los Teen Choice Awards y no es que el guion de *Chuck Brown* lo haya escrito la mejor novelista romántica de la literatura inglesa. Si el resultado es así de bueno en un melodrama cursi, pero en una película austeniana no, será porque el problema aquí eres tú.

Ante esta acusación, Hugh no se puede quedar de brazos cruzados. Se pone de pie para mirarme desde arriba. Como lleva puesto el sombrero negro de su personaje, parece incluso más alto de lo que ya es.

—Pues yo creo que el problema, para empezar, es que hemos escogido a una persona premiada en los Teen Choice Awards. Y, en especial, tal vez el problema sea que hemos escogido a una persona que entremezcla su trabajo con su vida privada y que arrasa con toda la programación por su falta de profesionalidad.

Ni siquiera me paro a pensarlo. Le doy un bofetón en la mejilla. Un bofetón de los buenos, me temo. Hasta me duele la mano de lo

fuerte que le he dado. Cuando me separo, veo que ya se le ha puesto la piel roja. Oigo a nuestro público, los miembros del equipo, soltar algún grito ahogado. Dominic oculta el rostro entre las manos, mascullando:

—Ay, madre.

Me aparto de Hugh, bajo de la calesa de un salto y salgo hecha una furia del encuadre de la cámara. No tengo muy claro adónde me dirijo, pero me vale cualquier sitio con tal de estar lejos de él. Entro en la tienda de la comida. Me quito los guantes, los meto en el bolsillo y me pongo a calentar los dedos congelados en uno de los radiadores portátiles. Justo entonces, se oye un trueno a lo lejos y empieza a llover otra vez.

¡Tendrá cara! Este esnob no sabe nada de mí. Si hubiera tenido que aguantar un rodaje tan agotador como el de *Chuck Brown*, de dieciséis horas diarias, en pleno luto por su mejor amigo, él también habría entremezclado su vida privada con su trabajo.

Dios. Se me escapa un pequeño sollozo. Fijo que me echan a la calle otra vez, y este es el trabajo de mis sueños. Porque Hugh tiene razón. Mi falta de profesionalidad es injustificable. ¿A quién se le ocurre abofetear a su coestrella? Menos mal que mamá no me puede ver en estos momentos: estoy a punto de perder el papel más importante de mi vida.

Oigo al equipo trajinar por el campo, poniendo a cubierto la calesa y los caballos y echando a rodar las cámaras por las plataformas. Estoy tan furiosa, tanto con Hugh como conmigo misma, que ni siquiera oigo los pasos que se me acercan por detrás. De repente, ahí lo tengo. De brazos cruzados y más indignado —con razón— que nunca.

—¿Piensa disculparse o ustedes, los estadounidenses, son tan incivilizados como dicen?

Me doy la vuelta para mirarlo y levanto el mentón, obstinada. Tal vez me habría disculpado en su momento, pero ahora no puedo. Sería como admitir una derrota.

—Tengo por norma no disculparme cuando disfruto.

Hugh pone los ojos en blanco.

—Ay, por favor. Mira que podemos ser infantiles...

Yo suelto una risa sarcástica.

—Anda, ahora te expresas en plural, como los reyes. Te crees que eres el mejor actor de todos los tiempos, ¿eh? Te crees que el sol sale y se pone con Hugh Balfour. Y sí, igual me meto en un lío por lo que ha pasado hoy. Igual hasta me despiden. Pero la película no va a mejorar porque me echen a mí. Siento tener que ser yo quien te lo diga, amigo, pero el que no encaja en el papel eres tú.

Hugh se queda boquiabierto.

—¿Y qué la hace pensar eso? —me pregunta, pronunciando con tono mordaz cada palabra.

Yo enarco una ceja; me siento vencedora, porque tengo razón.

—No tendré un método refinado como el tuyo, pero por lo menos yo entiendo a mi personaje. Tú estudia todo lo que quieras, que eso no va a cambiar en nada el hecho de que no entiendes a Henry Tilney lo más mínimo. Él es divertido. Es cariñoso. No es un imbécil pretencioso ni se negaría a compartir el tráiler de maquillaje conmigo.

Hugh suelta una carcajada.

—¡Es un clérigo, el hijo de un caballero! Se comportaría siempre con decoro, sea cual sea la situación.

Le contesto con la misma risa de desprecio.

—Te crees muy listo, pero prefiero no tener nada de sentido que malgastarlo como haces tú.

Al oír eso, Hugh se queda inmóvil y una expresión de desconcierto asoma a su rostro atractivo.

—¿Acaba... acaba de citar una frase de *Emma*?

Me cruzo de brazos.

—Sé leer, aunque no te lo creas.

Ahora llueve todavía más. El agua comienza a acumularse debajo de la tienda, mientras todo el campo se enloda y se inunda. Va a ser imposible terminar esta escena hoy.

Hugh, divertido, frunce los labios con soberbia.

—O, como mínimo, ha memorizado las frases de Gwyneth Paltrow.

Me pongo colorada de pura rabia. ¡Será imbécil! Sí, tiene razón, he visto las películas —más de cien veces, muchas más—, pero eso no quiere decir que no haya leído los libros también. Menudo elitista está hecho.

Opto por marcharme hecha una furia; mejor eso que volver a golpearlo. Pero mi marcha dramática se va a pique cuando se me engancha la bota en el cable del radiador. Me caigo bocabajo en un charco enlodado. Suelto un grito de frustración, consciente de que ahora sí que he arruinado el traje.

Un rastro de lo que parece ser decencia humana cruza el rostro de Hugh. Me tiende una mano y, entonces, se desencadena la desgracia. Lo veo todo a cámara lenta. El radiador también ha caído en el charco y echa chispas como si estuviéramos en pleno 4 de julio.

Justo cuando Hugh me toma de la mano, me recorre el cuerpo un ramalazo de dolor insoportable, empezando por los pies, que están más cerca de las chispas, y metiéndose sin piedad en mis huesos, hasta ahí donde nuestras manos se tocan.

Y, entonces, el mundo se apaga.